

Santiago: presencia y memoria

A primera vista (primera lectura) es un libro digno de encomio. A segunda vista (lectura II) es un libro que merece ciertos reparos: "Santiago de memoria" (Planeta, 1997), por Roberto Merino. Lo bueno del volumen está en esa cosa rápida, casi aérea, algo en el estilo de Paul Morand (¿quién lee a Paul Morand?), con que el autor pasa revista a viejas calles de Santiago. Como se trata de una persona culta e inteligente, el autor no se gasta en disimulos. Se conoce bien su Ruskin, su Viena Mackenna, su Borges y hasta su Oreste Plath, pasando por Eduardo Balmaceda Valdés y Joaquín Edwards Bello.

Atención, calle Santa Rosa (El Camino de las Matadas), página 68:

"En la esquina de Tarapacá permanece (casi invisible) la casa colonial en que sesionó alguna vez el Grupo de los Diez, con Pedro Prado a la cabeza. Juan Emar se había fijado en el caserón, y en una apreciación demoledora de Santiago, escrita por 1927 en La Nación, lo reivindicaba como uno de los pocos logros arquitectónicos de la ciudad. La casa, cuyas columnas de piedra fueron talladas por el escultor Alberto Ried, mantiene su metafísica torre, sin más habitantes por el momento que una familia de satisfechas palomas.

En Santa Rosa adentro queda

ya bastante poco. El persistente espíritu demoledor del santiaguino se ha ensañado en esta calle, dejando su huella de caries negruzcas. Sólo se salvan, paradójicamente, los conventillos pestilentes infrahumanos, que emanan ese olor endémico de la pobreza, proveniente de los adobes húmedos, del encierro y de las cocinas a parafina..."



Mucho antes, Santa Rosa (Calle de las Matadas) vista por Sady Zahartu en su obra "Santiago, calles viejas", 1934: "Una mañana, el vecindario empezó a correr hacia el callejón de los padres para ver a una matada.

La procesión de curiosos que se atropellaban por ganar la delantera; y el grito destemplado de las viejas corredoras y de los matapezcos; la alharaca de los sobrestantes y alguaciles; los ayes desfavoridos de los indios, todo se confabulaba para indicar que algo terrible pasada en ese sitio.

¡Una matada!- era el grito del poblado-. ¡Una matada!

Después de mucho ir y venir de físico, se supo que era una mujer de vida alegre, asesinada en el rancho en que vivía. El cadáver no presentaba, en apariencia, lesión alguna; sólo una incisión casi invisible practicada con un estilete en su costado izquierdo, y por cuya herida apenas habían manado unas cuantas gotas de sangre..."

Parece ser, no estoy seguro, que



el autor sustenta en alguna parte de "Santiago de memoria" (porque la memoria es frágil) el predicamento de que la ciudad ha dado escasos novelistas con buen ojo. Entre los novelistas del conventillo se le queda en el tintero nada menos que Nicomedes Guzmán, tal vez uno de los mejores.

"El mejor novelista de Santiago -escribe Ricardo A. Latcham en 1946- y, por ende, el más completo, fue Alberto Blest Gana. La decoración urbana surgía en sus grandes novelas santiaguinas con un realismo que llega al objetivo mediante la lejanía de la visión. Los patios y los interiores, la intuición histórica de las clases sociales y los acertados caracteres lo colocaban por encima de todos sus continuadores. Nadie puede discutir hoy la

influencia de Blest Gana en la evolución de la novela santiaguina".

Otros narradores de Santiago en tiempos clásicos: Joaquín Díaz Garcés, Luis Orrego Luco (Un Idilio Nuevo, Casa Grande), Emilio Rodríguez Mepdoza (Santa Colonia), Tomás Gatica Martínez, Ángel Custodio Espejo, Augusto Millán, Luis Vargas Bello, Fernando Santiván, Augusto D'Halmar, René Brinkles (Los Últimos Proyectos de Eduardo Castro), Daniel Barros Grez (Las Aventuras de Cuatro Remos), José Luis Ferrnandois (Diablofuerte), Pedro Prado (Un Juez Rural), Eduardo Barrios, Joaquín Ortega Folch, Sady Zahartu, Rafael Maluenda, Juan Modesto Castro, Carlos Sepúlveda Leyton, José Santos González Vera, Manuel Rojas (La Obscura Vida Radiante), Eugenio González, Mariano Latorre (La Paquera), Antonio Acevedo Hernández, Juan Godoy, Juan Barros.

La idea de encapsular, sintetizar al máximo, de comprimir, debido al estrecho espacio de la exigencia hebdomadaria, obliga a Merino a ejercer una especie de totalismo reductor de las cosas. Uno querría verlo desmenuzado, regodeándose entre detalles seductores de lugares, de épocas, de paisajes. La esclavitud del escriba a honorario fijo constituye hoy por hoy, y sobre todo, en este atractivo conjunto de páginas, el punto de tope del goce y la promesa.

Nota bene: Toda correspondencia a este cronista debe ser dirigida a Fontana Rosa No. 6553, Las Condes, Santiago.

Santiago, presencia y memoria [artículo] Filebo.

Libros y documentos

AUTORÍA

Filebo

FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Santiago, presencia y memoria [artículo] Filebo. il.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)